

zó 1,7 millones. En un año han aumentado estos hogares en 370.000.

En cuanto al uso de fiambresas en los centros escolares, tanto Jesús

que pedagógico puede provocar una serie de problemas organizativos, nutricionales o sanitarios (intoxicación, comida inadecuada, etc.) en los comedores escolares”.

Del mismo modo, reclaman que si los libros son adquiridos por las familias, haya sanciones en el caso de que las editoriales o los

que los libros de texto no se conviertan en un obstáculo para las familias.

Instan a las administraciones educativas a que fomenten siste-

entorno de los centros con los que los alumnos pueden aprender, aseguran CEAPA y CONCAPA: “a seleccionar y analizar la gran cantidad de información existente”.

Los nuevos educadores.

La participación de los padres y las madres



BEGONA LADRÓN DE GUEVARA
PASCUAL
Presidenta de COFAPA

La realidad de que los padres somos los primeros educadores de nuestros hijos es un hecho reconocido por la actual legislación educativa y por las anteriores. Es esta una responsabilidad que creemos debe ser también de toda la sociedad, porque el sistema educativo es la suma final de los esfuerzos y la capacidad de diálogo de todos, desde quienes desde las administraciones han de llevar a cabo las políticas de educación, hasta sus principales actores: padres, profesores y alumnos. Es deber de todos proporcionar a las alumnas y a los alumnos el entorno, los conocimientos y las oportunidades que creamos mejores para ellos, y para su pleno desarrollo como ciudadanos libres, solidarios y comprometidos con la sociedad.

Aun en estos momentos de tantas dificultades económicas, mejorar nuestro sistema educativo ha de ser uno de los objetivos más importantes de todos, por encima de prejuicios o intereses de cualquier tipo. A esa labor común queremos contribuir las familias, porque no queremos renunciar a nuestro papel

de educadores; para ello, creemos imprescindible una mayor implicación a todos los niveles: en el trabajo y colaboración con las administraciones, en los colegios de nuestros hijos, y en las asociaciones y federaciones de padres y madres. Queremos asumir plenamente nuestra responsabilidad educativa y hacerlo de una manera efectiva.

Todos los expertos subrayan que la clave del éxito académico de los alumnos pasa por el compromiso y participación de los padres en la vida escolar. Creo, sin embargo, que debemos ampliar activamente esa participación, desarrollándola en todas sus facetas; es decir, como educadores directos de nuestros hijos, como personas que ayudan a su educación en los colegios, como efectivos participantes en el funcionamiento del sistema escolar y como ciudadanos interesados en la discusión pública sobre la educación.

Es lógico que, de forma más o menos consciente, los padres y las madres queramos que el colegio sea en alguna medida una extensión de la familia. Por eso, importa mucho que la escuela y los padres seamos aliados, y que se afiancen los cauces de relación con los colegios sin que ello menoscabe derecho alguno. Al contrario, el diálogo entre los padres y la escuela exige una actitud de colaboración y compromiso, de confianza sin sospechas, porque ambos pretendemos lo mismo: la formación de ciudadanos libres, capaces de asumir responsabilidades personal y socialmen-

te, y de encontrar las herramientas necesarias para alcanzar la felicidad. Hemos de ayudar a las alumnas y a los alumnos a que aporten soluciones, a que sean creativos y capaces de trabajar con otros. Este es el modo en que, de la mano de la escuela, los padres y las madres queremos desempeñar nuestro papel protagonista en la educación de nuestros hijos.

Este clima de confianza tan beneficioso para el sistema educativo ha de fundamentarse en la necesaria —diría que ineludible— comunicación entre padres y profesores, basada en el respeto y reconocimiento mutuos. Los padres tenemos aquí otra parte de responsabilidad al transmitir a los hijos nuestro apoyo a la tarea del profesor. La dignificación del profesorado —tema de una de las Jornadas de COFAPA— es requisito imprescindible para la mejora de la educación y para el logro de mejores resultados. Muchos coincidimos en destacar que no se puede mejorar el sistema educativo sin atender de la mejor manera posible al profesorado, tratando que accedan a la profesión no solo los más cualificados, sino también los más comprometidos con la educación.

Queremos también que la aportación de las familias al sistema educativo no quede reducida a lo testimonial, sino que se facilite una colaboración eficaz con profesores y colegios. En este sentido, parece necesario articular medidas para desarrollar y compartir proyectos comunes, y para que se vea recono-

cida en su justa medida nuestra relevancia en el proceso educativo de nuestros hijos. Creemos preciso, en consecuencia, que se modifiquen y adapten las normas necesarias para facilitar esta representación, tanto a nivel de flexibilidad administrativa como laboral, con objeto de conciliar este importante aspecto de la educación.

Por último, queremos estar presentes en el debate público; también en el educativo, haciendo efectivo el pleno desarrollo de los derechos y libertades reconocidos constitucionalmente, partiendo de un hecho que destaca la investigación pedagógica y el sentido común: la diversidad del alumnado. Y así lo subrayó la Unesco en su informe *Nuestra Diversidad Creadora* (1996, París Unesco) cuando afirmó que “la educación tiene que reaccionar según el alumno y no según el programa”. Por eso, creemos necesarias todas las medidas que flexibilicen los modelos educativos, permitan atender mejor a cada alumno y a cada alumna. Quizás podamos hablar de autonomía pedagógica y organizativa, o de la pluralidad que permita a los padres elegir para sus hijos el colegio que más les guste.

En resumen, estamos convencidos de que cualquier mejora de la calidad educativa debe contar con la participación de los padres. Solamente con una gran complicidad entre padres y madres, profesorado y alumnado, el sistema adquirirá la calidad que necesitamos para ganar el futuro de todos.